

Identidad endógena

[en] Endogenous identity

En la cuesta abajo de la ciencia de lo público, nos hemos encontrado con varios gigantes que no solo han perdido su aparente benignidad, sino que se están revolviendo con furia.

En medio de esas sociedades en que vivimos, y en las que el *romanticismo violento* se presenta con muchas caretas, se ha descuidado que la clave de la vida ciudadana en la plaza y en los mentideros se centra cada vez más en asuntos de identidad endógena.

En una vida tan presionada por la libertad y la creatividad *humano-divina* del hombre —es decir, llena de omnipotencia enfermiza—, el ciudadano arranca su biografía con una búsqueda ansiosa de un *proyecto de vida*, apoyado sobre el valor de la ciencia y del avance de la dialéctica desnata de retórica. Así el cultivo de nuestra individualidad conduce primero a una *adoración del yo* y después a descifrar en su interioridad moral a los locos más extravagantes y a los más herméticamente venenosos.

En medio de toda esta apoteosis de la dialéctica, el trabajo de reflexión que cada uno de nosotros ha de hacer para tener una identidad no está al alcance de cualquiera. Para empezar, niños y adolescentes quedan excluidos, al igual que las personas sin preparación lógica.

La novedad en la ciencia moderna no solo consiste en aplicar sus métodos (del *methodus* latino), de hallar caminos a la realidad en la naturaleza, sino que esta vez se va a estudiar además la mente humana como un objeto. Se la analizará objetivamente a través de rasgos externos. Esa *medicalización del psiquismo* es un paso avanzado en la estrategia dialéctica contemporánea¹.

El individuo acaba convirtiéndose en un empresario de sí mismo, con su insistente deseo, por no decir obsesión, de autorrealizarse y crecer interiormente. Un cruce de términos que en sí mismo ya expresa la confusión y vanidad del proyecto.

Una identidad omnipotente

Llama la atención cómo en las dictaduras se exige mucho a los ciudadanos que se identifiquen, incluso simplemente por ser transeúntes. En general, las personas se encuentran hoy muy necesitadas de acreditar quiénes son; y no tan solo administrativamente. Dado que la sociedad democrática ha entregado a cada individuo el derecho a ser el propio árbitro de su vida (*libero arbitrio*), ello faculta a todos a

¹ Enric Novella, *El discurso psicopatológico de la modernidad. Ensayos de historia de la psiquiatría*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2018, pp. 42-45.

emitir sanciones morales o arbitrajes (casi laudos arbitrales) sin apelación. Hoy nos pasamos la vida tomando decisiones como un árbitro de nuestra vida y en los campos de juego social en los que se nos habilita para tal función. Ya únicamente nos falta un silbato. Desde luego no se nos prepara para el ejercicio del juicio genuino.

El desarrollo mental de las personas se valora cada vez más. Un avance es dedicar las fuerzas de la razón dialéctica y los progresos de la medicina al estudio del cerebro. El soporte lógico del pensamiento, esencialmente su sistema nervioso que se centra en el cerebro, es analizado como un órgano más, con la sujeción a las pruebas y comprobaciones del método científico. El psiquismo pasa a ser un campo de estudio y sus componentes serán los objetos directos de análisis. Un buen ejemplo es el auge actual de la neurociencia.

No obstante quedan vestigios de las trampas que el hombre se hace a sí mismo. Por ejemplo, el animal humano no solo busca controlar lo que no conoce, sino que en ocasiones lo hace ocultando aquello que le molesta. Así borrará del mapa lo que se le resista y aún no pueda entender; y atacará a aquellos sujetos que menoscaben con su ingenio la autoridad de sus explicaciones. Solo hay que repasar la historia de las religiones y de la ciencia para ver cuántas veces se avanza cruelmente, sospechando del estudio y extirpando la creatividad.

Se olvida que el trabajo de los sabios y docentes en muchos casos es alimentado por *el miedo a lo demasiado innovador*. Una inquietud que asusta y enfada a la mente, paraliza su capacidad y la pervierte. Se precisa desmontar ese susto existencial o por lo menos paliarlo por los medios que sea preciso. Taparlo con un paño o *pallium*, paliarlo sin resolverlo o arrojarlo lejos y aplicarle el *out of sight, out of mind* del inglés; aunque esos terrores que nos amedrentan no se acaben de ir nunca. Así, la vida pública estará llena de encapuchados, *pallioliati*, que pululan descontroladamente y aterran a los ciudadanos.

La sociedad: destino persecutorio

En buena medida la *gansterización de la política* que hoy sufrimos en Occidente es producto de esos temores angustiosos, producto de querer controlar lo incontrolable. Todos percibimos que nuestro tránsito público es necesario y para ello preparamos el cuerpo y la mente. La primera gran condición es no sucumbir por el camino: sobrevivir. En muchas ocasiones no solo ignoramos los obstáculos reales que nos aguardan al doblar la esquina, sino que *los suplantamos por delirios y fantasías*. Será una producción perenne y durante las 24 horas del día y de la noche.

Sorprende que no se reconociera la existencia de las neuronas, sus conexiones y su funcionamiento hasta el siglo veinte. El bebé humano nace con el cráneo abierto por varias aperturas y con un tamaño aún sin completar. Eso quiere decir que nuestra existencia, como nos gusta llamarla hoy, arranca sin un cerebro desarrollado y sin poseer muchas de las facultades que luego nos parecerán imprescindibles. Pero lo cierto es que, desde que abrimos los ojos por primera vez, ya estamos en la búsqueda de esa identidad que —eso creemos— nos hará saber quién somos y nos permitirá avanzar al trote por la vida con seguridad y disfrute.

La necesidad de tener control y de evaluar nuestros actos, capacidades y estilos que no se pierden con el paso de tiempo, hace que los ciudadanos, de mayor o menor alcurnia, necesitemos un mecanismo central de control. Ese es el cerebro.

El estudio del cerebro como órgano del psiquismo resulta sorprendente. Se trata de un órgano graso de unos 1400 gramos y cientos de miles de millones de neuronas y sus conexiones, que además nace inacabado. Ese órgano tan importante, protegido por un cráneo que presenta fisuras (fontanelas que se soldarán normalmente al primer año), no está aún bien desarrollado en los niños menores de 6 años y sufre muchas alteraciones en la vida. Un cerebro que no siente directamente el dolor pero sin el que no tendríamos identidad alguna.

Nos empeñamos desde temprano en saber *quién somos*. Lo buscamos con ahínco y poco a poco vamos a ir construyendo un centro de coordinación de nuestras ideas y de gestión de emociones con el fin de poder averiguarlo.

Muy pocos pueden contestar a esa pregunta. Y si algunos lo hacen, es acudiendo a documentos y usando datos producidos por los demás y por las instituciones. Los *historiadores románticos*, y son unos cuantos, se aprestaron en seguida a trabajar en la ingeniería de nuestras vidas en colectivo, la historia de nuestros pueblos y naciones; su pretensión consiste en ayudar a registrar la verdad de nuestra vida. Conviene recordar que, para ellos, siempre un poco arqueólogos, la verdad está depositada o plantada en el pasado. Este es el plúmbeo *historicismo*.

Desde el inicio, sabemos que *necesitamos más*. Tendremos que apropiarnos de más cosas para poder dar sentido a lo que nos ocurre. El problema es que en los primeros años de vida carecemos de gobierno propio y años más tarde seguiremos padeciendo de falta de instrumentos para dotarnos de una buena gobernanza.

El peligro mayor es perder el control de nuestros actos o adquirir orientaciones que nos alejen de los demás y nos hagan sufrir en medio de la convivencia: *perder la razón*.

No hace falta observar mucho para comprender que buscamos protección para vivir en medio de obstáculos. Se suma que somos incapaces. Lo inquietante es que necesitemos de nuestros congéneres para protegernos, pero a su vez estos supongan un peligro muy serio por lo imprevisible de sus acciones.

Fases de la infancia: el buen iluso

Todos los individuos, cada uno a nuestra manera, tendremos que pasar un tiempo que podemos llamar de *omnipotencia y desvalimiento*, de mudez (infante, *infans*, de *fas*, *fantis*, *fari*²) en los que tendremos que aprender a sobrevivir.

Frente a la evidencia de su desvalimiento, el infante recurre a la fantasía de *powerlo todo*. No hace sino articular así un mecanismo muy humano que consiste en creer que nuestros deseos pueden cancelar el peligro. Se trata de la *receta mágica del ser humano*. Podremos recurrir a deseos mágicos para compensar nuestras insuficiencias trágicas. El problema, de trascendencia política, es que vamos a conservar de por vida esa creencia ya no en la magia, sino en *nuestra magia*: una capacidad del individuo ilimitada para cambiar el mundo desagradable o insuficiente que le rodea. Una *solución omnipotente*, es decir ilusa pero que puede ser muy dañina; hasta causa de genocidios. Con ello, de paso conservaremos actualizado ese terror a la destrucción y al desamparo de nuestra vida ante una realidad imposible de manejar.

² El que no puede hablar, en buena parte porque no es escuchado.

La necesidad de pasar unos años ineludibles camino de adquirir una identidad exigiría una investigación mucho más honda en esa parte de la biografía ciudadana que lo que hoy hace la ciencia vigente.

La expresión platónica de los revolucionarios ingleses del siglo diecisiete en el sentido de que la ciudad o la *commonwealth* deben ser vistos como *man writ large* hace que se equipare en lo básico el gobierno de un ser humano con el de la ciudad, dotado ambos de los tres poderes esenciales (ejecutivo, legislativo y judicial). Hannah Arendt (1906-1975) entendió muy bien este fetiche republicano moderno. Su libro *La vida del espíritu* supone un abordaje de la política desde esta base teórica.

La gran pantalla de la nación

El surgimiento de los más pequeños como buscadores incesantes y un gobierno propio implica plantearse cuál será para ellos y sus mentores la gobernanza óptima.

En realidad no se trata solo de alcanzar objetos o beneficios pasajeros. A los padres y educadores les preocupa que sus sucesores tengan capacidad para desenvolver sus vidas con garantías. Pero, ¿cuáles son las amenazas que se van a encontrar por el camino? ¿De dónde van a obtener sus hijos y seguidores ideas y fuerza para establecer el régimen de vida de sí mismos? Lo primero que se van a encontrar es con un sí mismo (un *self*) que, al crecer, se despega más y más de sus mentores. Como comentan los Grinberg:

[El *self*] es la totalidad de la propia persona. Incluye también al cuerpo con sus partes, la estructura psíquica con todas sus partes, el vínculo con los objetos externos e internos y al sujeto como opuesto al mundo de los objetos³.

El candidato a conseguir una identidad se va encontrando con objetos nuevos, desde su propio cuerpo cambiante a numerosos elementos extraños que le cercan, incluso le invaden, y con sensores que no es capaz de detectar. Conseguir una mínima gobernanza viable posiblemente sea *el primer gran desafío teórico político de sus vidas*. El reto de conseguir para uno un gobierno personal reconocible y capaz de ser respetado.

¿Cuáles son los peligros más grandes que le acechan? ¿Qué puede hacer que la vida de este “gobierno” personal del ciudadano caiga enfermo —como avisaba Thomas Hobbes (1588-1679) que podía pasarle a su *Leviathan*— e incluso llegue a morir? Cada uno de nosotros ha de ser entrenado para mantener operativo en nuestras vidas ese régimen que se organice para proteger nuestras fronteras del *self*, identificar sus peligros próximos o futuros y montar las capacidades de defensa pertinentes.

En el caso de los nacionalismos, la necesidad de constituir un Estado se entretuje con la de lograr una identidad personal. No es raro que muchos de nuestros conflictos políticos afecten a la salud psíquica de los ciudadanos involucrados y entren y salgan en lo patológico.

³ León Grinberg y Rebeca Grinberg, *Identidad y cambio*, Ediciones Kargieman, Buenos Aires, 1971, pp. 44-45. Citado por Gonzalo Laborda, “La obediencia como facultad creativa: Reflexiones a partir de Étienne de La Boétie”, mss. en publicación, p. 7.

Es comprensible que los trabajos públicos comprometidos en la gobernanza de un país lo hayan de estar también en cada vida individual.

Un asunto nuevo hoy es que los peligros se han multiplicado para cada Estado, las complicaciones son más grandes y los problemas a resolver se han mundializado.

Pero no pasa lo mismo quizá con los problemas internos de un país. Son muchas las culturas desaparecidas sin dejar apenas rastro. Podría haber hasta un cementerio de pueblos y culturas extinguidas.

Los ciudadanos de hoy están fascinados, y a la vez bloqueados, con los gravísimos peligros internos en sus estados y naciones. El lenguaje actual sobre las naciones ha hecho explotar la teoría. Y está desvelando que la esencia de la vida pública es la *militarización de la política*, la afirmación de que toda sociedad mantiene, en palabras de Harry Eckstein (1924-1999), una *internal war* (guerra interna) latente. Los himnos nacionales lo corroboran de inmediato, el lenguaje cotidiano lo respalda: los nuestros, montar campañas, atacar, arrasarse, dinamitar, derramar sangre, etc.

Con frecuencia se habla de lo mental frente a lo externo, a lo que está ahí fuera; pero lo grave de este asunto es que cada vez hay más datos sobre la trascendencia de las enfermedades mentales, se las menciona más. En el interior de las cabezas de los paisanos se producen daños que pueden arruinar la soberanía de un ciudadano con identidad propia. Los conflictos en el mundo interno pueden hacer estallar por dentro y aniquilar a los individuos y sus grupos con fenómenos de locura: brotes psicóticos.

El interés violento de las personas en las cuestiones de esa *pantalla nacional* hace que en muchos casos los ciudadanos hablen de la política de su país como suelen hablar de fútbol u otros espectáculos masivos.

Lo esquizoide: limpieza y desgarró

La construcción de un personaje con identidad, de un habitante de cualquier nación, se hace poco a poco y en un proceso que tiene que ir juntando y organizando piezas necesarias.

Es obvio que una tarea constante será la de recepción de datos y experiencias que han de quedar examinadas y registradas. Un registro muy variado en el que se dispondrán los órganos y funciones de nuestro comportamiento.

La capacidad de aprendizaje de cada ciudadano requiere de unos criterios: necesitamos saber qué tenemos que conservar y qué debemos eliminar. En los propios mecanismos humanos, en sus máquinas y juegos, aparecerá casi siempre la opción de guardar algo porque es bueno o de eliminarlo, *lanzarlo a la basura*, porque es malo.

Se trata de un trabajo de la voluntad y para ello hay que tener una fe aguerrida en la soberanía de la misma: el derecho a decidir. Por eso los patriotas utilizan tanto las creencias y el *hablar en imperativo*. La expresión anti-maniquea, e imperante, de Agustín de Hipona (354-430): *crede ut intelligas* (cree para que puedas entender) llega a supeditar la inteligencia a la voluntad.

Se trata de una actividad constante que mantendremos en marcha toda la vida. Por un lado, lo bueno, deseable, ocupable, comestible, manejable; por otro, lo feo, sucio, peligroso, desagradable, entristecedor, ruinoso, que no debemos dejar entrar en nosotros. Para esta función tendremos, por los medios que podamos (oliendo, tocando, mirando, escuchando, haciendo otras comprobaciones), que enviar todo lo malo al vertedero. Ese contenedor de lo inservible y siempre amenazante.

La capacidad de discernir entre lo malo y lo bueno, lo perjudicial y lo provechoso se convierte así en una función básica de la vida en la que ya los bebés empiezan a escoger, separar y a construir su gobernanza. Un principio de disociación muy pequeño, si bien de importancia fundamental para la identidad. Durante toda nuestra vida esa actividad esquizoide estará en marcha amenazando una y otra vez con la *fractura de nuestra conciencia*. La esquizofrenia o una personalidad múltiple son semejantes a lo que en un Estado sería una guerra civil.

Saber escoger

La construcción de una identidad personal es un trabajo de por vida. Saber lo que uno es implica de por sí saber lo que uno no es. Y en ese trabajo no estamos solos, ya que colaboran muchos otros agentes.

La necesidad de elegir nos conduce a separar y discernir. Esta facultad de cortar en pedazos, arrancar y llevarnos con nosotros lo que nos sirva para identificarnos, es constante. Lo hacemos cuando vamos a la comisaría de policía a recoger nuestro documento de identidad, pero lo hacemos también en muchos momentos más. Por ejemplo, cuando envidiamos (*invidere*), una actividad visual.

No es extraño que el verbo *urteilen* de la lengua alemana haya sido tan central en el pensamiento romántico, incluso en la *Crítica del Juicio* (*Kritik der Urteilskraft*, Leipzig, 1790) de Manuel Kant (1724-1804). La idea de crisis aparece en varias lenguas europeas como una opinión moral o una valoración en un entorno de sentimientos y emociones. Los latinos con su *discernere* también abundan en estas estrategias y acaban juntando el discernir o separar con el advertir algo.

El mundo moderno parece muy variado y creativo de manera artística y expansiva. Sin embargo, coincide en un terror central a que el verdadero juicio quede más allá de su alcance, descontrolado, y amenace con activarse y disolver o anular la fantasía siempre peregrina de la *soberanía de nuestro yo* bien identificado.

Javier Roiz